

AGUS.—Mejor.

SAC.—¿Y si fuera algo que no debiera decirte?

AGUS.—Mejor todavía. Y si recibo una prueba de afecto en esa confesión, quizás yo, cuando termines, te diré también lo que probablemente ni sospechas siquiera.

SAC.—(Con mucha curiosidad.)—¿Qué es?

AGUS.—(Sonriendo.)—Al final.

SAC.—¿De qué es?

AGUS.—De todo.

SAC.—(Riendo.)—¿De la tierra, del cielo, del infierno?

AGUS.—De todo, porque todo eso puede ser, únicamente con ir cambiando la voluntad de quien ha de concederlo.

SAC.—Mucho es para adivinar...

AGUS.—Pues no te canses, ya que al fin has de saberlo. Habla.

SAC.—¿De lo mío? No... Vas a juzgar mal... Hay conversaciones que una mujer no debe iniciar.

AGUS.—(Cesando de reír, pero muy gozoso.)—Cuando la mujer habla, de eso que dices tú que no debe hablar, es que el hombre ha demostrado ya con su conducta que merece tal

confianza. Y entonces ella pone primero la palabra, que es lo de menos, y él ha puesto la seguridad, que es lo de más.

SAC.—Seguro de tí, sí...

AGUS.—Pues habla.

SAC.—¿No habría modo de que tú preguntaras y yo respondiera sin tener que decirlo?

AGUS.—Va a ser difícil...

SAC.—Porque tú no querrás... ¿Tú no aciertas con un máximo de veinte preguntas lo más extraño que se pueda pensar? Yo te he visto acertar con reyes chinos y emperatrices del Mogol...

AGUS.—Sí, es un juego muy sencillo.

SAC.—Pues anda, hombre, que yo no me daré más tono que esas emperatrices...

AGUS.—Vamos a verlo.

SAC.—Ya lo he pensado. Pregunta.

AGUS.—¿Sobre tierra o en agua?—(Pensando las preguntas.)

SAC.—Sobre tierra.

AGUS.—¿En pueblo grande o pequeño?

SAC.—Pequeño.

AGUS.—Y lo que es, ¿tú lo has visto?

SAC.—Sí.

AGUS.—¿Persona o cosa?

SAC.—Persona.

AGUS.—Tú no has salido de Villalinda y lo has visto: luego es una persona que has visto en Villalinda. Van cuatro.

SAC.—Cinco.

AGUS.—(*Contando por los dedos.*)—Sobre tierra, pueblo pequeño, lo has visto y persona, cuatro. Ojo a las mentiras.

SAC. Y tú ojo a los dedos.

AGUS.—Te consiento que lleves la contabilidad por mi libro.—(*Le entrega la mano que ella coge.*)—Cuatro. ¿Esa persona te ha dado algún disgusto?

SAC.—Nunca.

AGUS.—¿Nunca? Descartado que sea persona de la familia.

SAC.—Tú tampoco.

AGUS.—Bien, ni yo tampoco.

SAC.—Cinco.

AGUS.—Sigamos. ¿Joven o viejo?

SAC.—Ni joven, ni viejo; pero si hay duda, joven.

AGUS.—(*Gozoso.*)—¡Es un detalle muy interesante!

SAC.—Tú lo apreciarás. Venga otra hoja del libro.—(*Agustín le da la otra mano.*)—Seis.

AGUS.—Como no tienes negocios, el único

negocio tuyo ha de ser forzosamente de simpatía. Ya ves que he encontrado una palabra suave...

SAC.—Suave, siete.

AGUS.—¿Y ahora tú pretendes averiguar si no será temerario el seguir la inclinación esa...?

SAC.—Por de pronto eso. Que algo más deseería.

AGUS.—Ya iremos a más.

SAC.—Ocho.

AGUS.—Lo que tú sientas, no tengo yo que decírtelo: lo que pueda sentir él, quizás te lo diga yo.

SAC.—Nueve.

AGUS.—No, esta no es pregunta.

SAC.—Ocho duplicado, sigue.

AGUS.—¿Le quieres tú a él?

SAC.—Nueve.

AGUS.—Pero, contesta.

SAC.—Sí. Diez, y venga otra hoja.

AGUS.—¡Es un detalle muy interesante!

SAC.—Pues ya van dos así.

AGUS.—No olvido el otro, no. Tú lo quieres, y él convencido de tí, ha de ser el más leal, el más bueno y el mejor de los hombres.

SAC.—Dios lo haga.

AGUS.—Lo hará.

SAC.—Once.

AGUS.—¡Nol Lo hará... pero van diez.

SAC.—Diez.

AGUS.—Y ahora llegamos a lo único difícil de esta clara adivinanza. Al nombre.

SAC.—¿Quieres saber el nombre?

AGUS.—Me parece que vale la pena... Confíate en mí, que mejor amigo no le tuviste nunca, y además, yo soy como él, joven en la duda.

SAC.—¿No lo sabes...?

AGUS.—(*Amoroso.*)—¿Que él te quiere? ¡Oh, sí! Y sé que ha tardado en decirlo, no por inseguridad suya, sino por miedo de tí... ¡Dime el nombre, Sacra...!

SAC.—Guillermo Chacón.

AGUS.—(*Sonriendo, pero con la voz alterada.*)
—¿Guillermo Chacón...?

SAC.—Capitán de Infantería...

AGUS.—(*Soltando las manos de ella.*)—Capitán de... sí.

SAC.—Y yo no le he dado una respuesta definitiva sin consultarlo contigo, porque no quisiera que me juzgáseis falta de cariño a vosotros...

AGUS.—No...

SAC.—De aceptar he de marcharme. El está destinado en Zaragoza.

AGUS.—En Zaragoza...

SAC.—Es muy bueno... y sobre todo, la idea de tener una casa mía, mía, Agustín...

AGUS.—(*Levantándose.*)—Comprendo: debes casarte.

SAC.—Pero abandonaros tan pronto...

AGUS.—Tan pronto, no: en eso padeces un error.

SAC.—Quiere casarse en seguida. A primeros de Agosto.

AGUS.—No importa. No es en Agosto cuando nos abandonas.

SAC.—Sí, sí. Hemos de marchar inmediata...

AGUS.—(*Interrumpiendo.*)—No, no. No es en Agosto, ni es al marchar, es ahora y sin moverte de aquí cuando nos abandonas...

SAC.—(*Sorprendida.*)—¡¡Agustín...!!

AGUS.—(*Dominándose y sonriendo.*)—Pero es tan natural, que no hace diez minutos que lo hablábamos Echevarrieta y yo.

SAC.—¿Te has enojado conmigo?

AGUS.—¿Enojarme porque sigas tu rumbo? No. Para seguir el ajeno, para tener piedad de los otros y no tenerla de sí mismo, hace falta ser tan bestia como lo soy yo. ¡A ninguno más se le ocurriría!

SAC.—Agustín, ¿qué tienes?
 AGUS.—Manda hacer la canastilla. Yo te la regalo.

SAC.—No te la acepto...
 AGUS.—Yo te la regalo; tírala después.

SAC.—¡Agustín!
 AGUS.—¿Quieres algún consejo más?

SAC.—Tú me dijiste que al final habías de hablarme...

AGUS.—Sí. Quería suplicarte que cuando te cases, por las tierras que vayas, no cuentes a nadie que yo sacrificué mi carrera y mi porvenir en un minuto, loco de piedad y de cariño. Sentiría que hubiese más gente aún a burlarse de mí.

SAC.—(Cogiéndole.)—Agustín... ¿por qué te enfadaste?

AGUS.—(Rechazándola suavemente.)—No estoy enfadado... y dispensa; tengo que hablar con el administrador.—(Llamando, pero no fuerte.)
 ¡Echevarrieta!

SAC.—Agustín, ¿que tienes?... ¿por qué eres tan cruel?

AGUS.—(Riendo.)—¿Por qué soy tan cruel?
 —(Con rabia.)—¡Echevarrieta! ¡Perdona que ni yo mismo sepa cuáles son mis crueldades!

SAC.—¡No me trates así, Agustín, que yo tengo adoración por tí.

AGUS.—O tú o yo no sabemos lo que es adoración.—(Alejándose.)

SAC.—Agustín, hermano...

AGUS.—(Volviéndose rápido al oír lo de hermano.)—Dispénsame, Sacra, he de hablar de otros negocios con precisión.

SAC.—Pues adiós.

AGUS.—(Sin mirarla más.)—¡Echevarrieta!
 ¡Echevarrieta!

(Mutis Sacramento lentamente por derecha. Agustín, inmóvil hasta que después de un momento entra Echevarrieta por izquierda.)

ESCENA XII

AGUSTÍN; ECHEVARRIETA, por izquierda

ECHEV.—¿Qué mosca le pica a usted para tantas voces?

AGUS.—(Sonriente.)—He hablado con la señorita doña Sacramento Sandoval.

ECHEV.—Enhorabuena.

AGUS.—Y está dispuesta a casarse.

ECHEV.—Enhorabuena.

AGUS.—Con otro.

ECHEV.—¡Pues retiro las dos de una vez! Y perdóneme, don Agustín, pero tengo que retirar también el padrino...

AGUS.—¿Y a esta mujer que no me quiere como mujer, iba yo, por piedad a encadenarme toda la vida...? Mejor será tomarlo a risa.

ECHEV.—*(Que se había puesto grave.)*—Mejor, mejor.

AGUS.—Y gracias a que he salvado del ridículo porque ella pronunció a tiempo el nombre del otro.

ECHEV.—Ahí está el toque: en el nombrecito. A mí no me quiso más que una mujer—y fué bastante—bueno, pues yo no le consentí nunca que me dijera, te quiero. Tenía que añadir mi nombre y mi apellido: te quiero, Gregorio Echevarrieta. Y así al menos no había confusiones.

AGUS.—Para otra vez ya lo sé...

ECHEV.—¿Le ha dolido a usted más de lo que aparenta, don Agustín...?

AGUS.—No aprende uno jamás... Nos parece que la bondad es un tributo debido, una obligación con nuestros semejantes, y cuando queremos ser los bondadosos es cuando uno se en-

tera de que los otros viven perfectamente sin esa bondad de nuestra parte.

ECHEV.—¿Me deja usted decir una animalada? El que haya gentes bondadosas, lo encuentro muy bien: el que haya quien aguarde por la bondad de otro para hacer su propio camino, y si la bondad no llega ha de quedarse viendo visiones, lo encuentro digno de un ronزال, costeado por varios amigos de la localidad.

AGUS.—No tanto...

ECHEV.—Y en lo de doña Sacrita se demuestra que es usted el hombre de más suerte que ha nacido; ha quedado usted tan ricamente, tan bondadosamente... y tan solteronamente, lo que no es de despreciar.

AGUS.—Juzgándolo así puede que sea todavía un favor que me hizo...

ECHEV.—¿Quién lo duda?

ESCENA XIII

DICHOS; JUANA, por izquierda, entrega una tarjeta a Agustín.

AGUS.—*(Leyéndola.)*—Juan Díaz Raposo. ¿A qué vendrá éste?

ECHEV.—Probablemente un echadizo de Rosales. Son de la misma camada.

AGUS.—¿Otra vez para que le venda la Fábrica?

ECHEV.—Como si lo viera. Pero que no se le ocurra a usted ceder, ¿eh?

AGUS.—No.—(A Juana.)—Que pase.

(Mutis Juana por izquierda.)

ECHEV.—¡Si valdrá cuando la codician de esa manera! ¡Quitele usted toda la esperanza! Y al fulano este no le trate usted en Juan ni en Díaz.

AGUS.—¿Pues en qué?

ECHEV.—En Raposo; es de los pocos nombres justificados.

AGUS.—Ya lo conozco.

(Le hace señas de que se calle y de que se vaya por izquierda.)

ECHEV.—Le daremos dentera.—(Alto y mirando con el rabillo del ojo a Raposo que entra y se va acercando humildemente.)—De modo...

ESCENA XIV

DICHOS; RAPOSO, por izquierda

AGUS.—(Insistiendo en que se vaya.)—Sí, sí...

ECHEV.—¿Qué, servimos ese pedido nuevo?

AGUS.—(Impaciente.)—Sí, sí...

ECHEV.—¡Habrás que tomar más operarios!

AGUS.—Claro, se tomarán.

ECHEV.—Muy bien. Hasta luego.

(Al marchar, fingiendo que no le ha visto, da un empujón a Raposo y para que no se caiga lo zarandea más aún.)

RAP.—¡Hombre, hombre!...

ECHEV.—No le había visto; dispéñeme.

RAP.—(Sonriendo siempre.)—No hay de qué...

ECHEV.—Dispéñeme señor Garduña.

RAP.—Raposo...

ECHEV.—Raposo, sí señor. Siempre confundido los Raposos y los Garduñas. Dispéñeme.

(Mutis por primera izquierda.)

RAP.—No hay de qué.

AGUS.—Pase usted.

ESCENA XV

AGUSTÍN y RAPOSO

RAP.—(Muy humilde, muy por los suelos, muy raposo.)—Servidor de usted...

AGUS.—(Como si no viera la mano que le tienden, sonríe saludando, se vuelve y echa so-

bre la mesa la tarjeta; después:)—Haga usted el favor de sentarse.

RAP.—(*Insistiendo en dar la mano.*)—Tantísimo gusto.

AGUS.—(*Extiende su brazo como si fuera también a darle la mano, pero antes de llegar coge una silla y se la entrega.*)—Aquí...

RAP.—Gracias.—(*Se sientan.*)—Es muy simpático...

AGUS.—¿Quién?

RAP.—El Terranova ese que tropieza con las visitas.

AGUS.—Es muy fiel y muy bueno.

RAP.—Muy bueno, sí. Cuando lo tienen ustedes suelto...

AGUS.—Ha sido sin querer.

RAP.—Evidente. Y usted también es muy simpático, señor Ximénez.

AGUS.—(*Escamado.*)—¿También?... Gracias. Pues usted dirá...

RAP.—Vengo para un asuntito... Una insignificancia. Ocho mil pesetitas.

AGUS.—Yo no debo nada.

RAP.—Usted no, Clementito.

AGUS.—¡Clemente! Esto explica lo juicioso de su conducta en este año...

RAP.—Vea usted los pagarés... ¿Qué claritos, eh?

AGUS.—Ya sé que debe usted ir amarrado, Raposo.

RAP.—(*Riendo, acongojado.*)—Bien, bien, señor Ximénez...

AGUS.—Y perdone usted que haya suprimido lo de señor con lo de Raposo.

RAP.—No siendo de los pagarés suprima usted lo que guste. Ya me recomendaron en muchas ocasiones que modificara el apellido, porque se presta a ingeniosidades a mi costa, pero yo no he querido acceder a esa modificación para no privar a los amigos de tan candoroso pasatiempo.

AGUS.—¿Es usted filósofo?

RAP.—¿Por qué no?... El gusto mío es cobrar; el gusto de los que me pagan es insultarme. Lo de raposo va muy bien para eso... Además, es tan cómico que cuando me necesitan sea yo don Juan Díaz... y cuando llega la hora de pagar sea Raposo...—(*Ríe.*)—Y usted sabe, don Agustín, que los tiempos están por lo cómico, sobre todo al pagar. Perfectamente. Retrocedamos a lo de las pesetitas... Usted las pagará, don Agustín.

AGUS.—No tengo por qué.

RAP.—Y él tampoco. Es una diablura obligarme ir al pleito...

AGUS.—No adelantará usted gran cosa. Clemente es menor de edad y no puede contraer responsabilidad legal.

RAP.—¿Qué me dice usted?...

AGUS.—Lo que usted no ignora porque lo conoce usted hace muchos años.

RAP.—Precisamente por eso, me dije: con tantos años ya que le conozco, indudablemente es mayor... y ni sospecha tuve al presentarme la cédula personal en que así consta.

AGUS.—¿Una cédula falsa?

RAP.—Eso digo yo ahora... ¡Tiene que ser falso! No puedo ir al pleito, no. Tendré que ir a la causa criminal por estafa.

AGUS.—(Levantándose súbito.)—¡¡Raposoll

RAP.—¡Qué dolor, Dios mío, qué dolor! Obligarme a poner un apellido tan digno como el de ustedes!...

AGUS.—Hablemos francamente.

RAP.—Sentiría causarle a usted un disgusto.

AGUS.—¿Pues qué esperaba usted que me causara la noticia?

RAP.—Siempre tiene usted razón, don Agustín...

AGUS.—Terminemos. A usted no le importa llevarnos a ninguna vergüenza ni usted desconocía la edad de Clemente. ¿Usted lo que quiere es el dinero?

RAP.—No soy el único a quererlo en este mundo...

AGUS.—Y usted me dice que si no lo entrego, llevará usted a la cárcel a Clemente. ¿Es eso, sí o no?...

RAP.—No discuto con usted... eso será, sí señor.

AGUS.—Aguarde usted.

(Mutis Agustín por primera izquierda.)

RAP.—(Cuando Agustín ha desaparecido, dejando la máscara de humildad para ponerse radiante de júbilo.)—Para los asuntos escabrosos no hay como las casas decentes... Raposo, Raposo... mucho se ríen de tí... pero también tú te ríes algunas veces... ¿no es verdad, Raposo?—(Cambiando bruscamente el gesto en humilde.)

ESCENA XVI

RAPOSO, AGUSTÍN, que entra, quedando inmóvil y silencioso un momento hasta que vienen, por primera izquierda, CLEMENTE y ECHEVARRIETA. Este queda en la puerta.

AGUS.—¿Sabes quién es el señor? ¿Has firmado tú unos pagarés?

CLEM.—Sí, pero te diré...

AGUS.—Sin decirme nada más. ¿Y la cédula falsa?

CLEM.—Me la proporcionó él mismo.

RAP.—¡Válgame la Virgen! ¡Lo que hay que oír para cobrar!

AGUS.—Pero, ¿tú sabías que era falsa?... ¿Y sabías que eso, en el Código, se castiga con la cárcel?...

CLEM.—No, porque el dinero es mío y como de lo mío se pagará...

AGUS.—Basta, basta: a las tres y media en mi despacho de la fábrica: firmarán ustedes los dos y yo recogeré los pagarés.

(Se vuelve de espalda y habla con Echevarrieta.)

RAP.—Servidor de usted...

CLEM.—*(Cerca de la puerta izquierda a donde lo acompañó.)*—A las tres iré yo a buscarlo.

RAP.—No te molestes...

CLEM.—Me dará usted quinientas pesetas: regaladas.

RAP.—¡No!

CLEM.—Y si no, niego que sea mi firma.

RAP.—¡Ya veremos ante los Tribunales!

CLEM.—A los Tribunales les tiene usted más miedo que yo. Deme las quinientas, cobra usted hoy mismo las nueve mil, me las vuelve usted a prestar, y negocio redondo.

RAP.—No está mal discurrido. El día que te arruines, que será pronto, tú harás algo grande, Clementito.—*(Hace una reverencia.)*

CLEM.—Cuente usted con ello.

(Mutis Raposo por izquierda. Clemente le sigue pero retrocede.)

ESCENA XVII

ECHEVARRIETA, AGUSTÍN y CLEMENTE

AGUS.—¡¡Clemente!! A tí te consta que el dinero se destinaba para cancelar la hipoteca. Y si al vencer el plazo no se puede liquidar, tu

conciencia, si la tienes, te dirá lo canalla que eres.

CLEM.—(*Amenazador, pero reconcentrado.*)—
¡Agustín!

AGUS.—A ti te consta lo que he sufrido en esa fábrica; tanto, que por todas las fortunas de la tierra, si me las dieran todas, no volvería a empezar... Y ya ves, ni siquiera te pido que tengas en cuenta lo mío... pero por tu madre y por tu hermana y por tí mismo si te lo digo: Clemente, ¿por qué has hecho esa infamia? ¿por qué no acudiste a mí?

CLEM.—¿Y a regaño por duro? ¡Cá, hombre!

AGUS.—¡Clemente!

CLEM.—Y si te conviene a tí manejar los cuartos de todos, a mí no.

AGUS.—¿Si me conviene?—(*Espantado.*)

CLEM.—Todo amor por nosotros no será...

AGUS.—(*A Echevarrieta.*)—¿Comprendes lo que dice?... ¿lo comprendes?

CLEM.—Tanta miseria, tanto «no tengo» y en la caja 36.000 pesetas. Es decir, 36.000 son las que aparecen: las que haya o las que tú te gastes...

AGUS.—¿Ladrón yo? ¡Tú, tú, tú!—(*Se echa a él y le agarra del cueilo, pelean un instante y los separa Echevarrieta.*)

ECHEV.—Váyase usted ahora.

CLEM.—Se acabó ya el tratarme en chiquillo.

AGUS.—Vete, Clemente.

CLEM.—De lo mío, dispongo yo.

AGUS.—¿Quieres tu parte? Pues la tendrás, pero vete, vete...

CLEM.—Como quieras...

AGUS.—¡Es un favor, un favor... vete, Clemente, vete!

CLEM.—Adiós.

(*Mutis por derecha.*)

ESCENA XVIII

AGUSTÍN y ECHEVARRIETA

AGUS.—(*A media voz.*)—¡Canalla, canalla, canalla!

ECHEV.—No se apure usted. ¡Le pagamos y buen viaje!

AGUS.—¿Pero con qué se paga?

ECHEV.—¿Y qué más da que se rebaje la hipoteca o que se rebaje otra obligación? La fábrica compra las acciones de Clemente,—las acciones que tiene de la fábrica, porque las acciones de Clemente no sé quién las va a querer...—y por eso le doy a usted mi enhorabuena.

AGUS.—Es más que un accionista... es mi hermano...

ECHEV.—De eso le doy a usted el pésame.

AGUS.—Quizás debiera aceptarlo...—(*Desesperado.*)—¡Suponerme capaz de robar a mi madre y a mis hermanos!...

ECHEV.—En eso no hay ofensa.

AGUS.—(*Cogiéndolo bruscamente.*)—¡Echevarrieta!

ECHEV.—No, señor. Usted es honrado, y lo que usted piensa de los demás es que son honrados también. Clemente anda muy cómodo entre falsificaciones, y lo que piensa de los demás es que tenemos esa misma comodidad: le cree a usted, como éi es; y desde su lado, evidentemente, le hace a usted favor...

AGUS.—¡Qué ha de hacer!

ECHEV.—¡No le quepa a usted duda! ¿Cuál es el mayor elogio que haría usted de mí?... Echevarrieta es tan honrado como yo mismo. Pues Clemente dice: ¡Agustín es tan ladrón como yo mismo! Un favor; no le quepa a usted duda.

AGUS.—No sé agradecersele entonces...

ECHEV.—Eso ya tiene más dificultades...

ESCENA XIX

DICHOS, PADRE EUSEBIO y ROMERAL, por izquierda

ROM.—(*Entrando rápido.*)—Buenos días.

AGUS.—(*Afectuoso.*)—Buenos días, Romeral. Hola, padre Eusebio.

ROM.—He rogado al padre Eusebio que viniera conmigo porque me conviene que presencie la conversación.

AGUS.—Con mucho gusto, por ser el padre Eusebio... ¿pero desde cuándo acá se necesitan testigos para mis palabras, señor Romeral?

ROM.—No nos enfademos ahora, antes de hablar. Si usted lo considera necesario, nos enfadaremos luego.—(*Pausa.*)—Cuando se ha casado su hermana de usted con mi hijo Antonio yo no he tenido ninguna exigencia respecto a la dote. ¿Es verdad?

AGUS.—Es verdad.

ROM.—(*Al padre Eusebio.*)—¿Usted oye que es verdad?—(*A Agustín.*)—Usted me dijo que por el bien de todos convenía que la legítima de Anuncia continuara unida al negocio. Hasta

el momento en que hablo, yo no he recibido un céntimo ni lo he pedido. ¿Es verdad?

AGUS.—Sí, señor.

ROM.—(Al padre Eusebio.)—¿Oye usted que es verdad?... ¿Creo haberme portado correctamente?... Ahora, ahora me dicen una cosa estupenda; que ese dinero ahorrado no va para la amortización de la hipoteca sino para que se paguen trampas y vicios de ese canallita de Clemente; ¿es verdad?

AGUS.—Sí.

ROM.—(Al padre Eusebio.)—¿Usted oye que es verdad?

ECHEV.—Y lo oímos todos.

ROM.—Ya que hay dinero y no va para la fábrica, venga la parte de mi nuera.

AGUS.—Es que entonces no llega para recoger las letras...

ROM.—Que no llegue...

AGUS.—Es que irá Clemente a la cárcel...

ROM.—Que vaya... de todas maneras, parece que es la vocación.

AGUS.—(Conteniéndose.)—¡Señor Romerall! ¡Señor Romerall!

ROM.—Dispéñeme, pero ha de comprender

usted que no se pueden tratar los asuntos con razones sentimentales...

AGUS.—Es muy justo.

ROM.—Y el día que usted señale, nos entregará la legítima de Anuncia.

AGUS.—¿Y Anuncia?... ¿Mi hermana Anuncia?...

ROM.—¿Qué?...

AGUS.—Anuncia, ¿conoce este paso de usted?

ROM.—Naturalmente.

AGUS.—¿Y lo aprueba?

ROM.—Naturalmente.

AGUS.—¿También ella desconfía? ¿También ella? ¿Pero no ven que es la ruina de la fábrica y la nuestra?... ¿no lo ven? ¿No lo ven? ¿Y para este final he renunciado yo a mi vida? ¿Para cosechar odios y recelos, he sembrado yo tanto amor y tanto sacrificio?... Padre Eusebio, padre Eusebio... ¿no me dijo usted que Dios lo bendeciría?

P. EUS.—(Inclinándose humilde y confuso.)—Agustín...

AGUS.—¿Y por esta gente que no ve más allá de su egoísmo, por esta gente que no tiene una fibra de ternura... he desdeñado yo mis ideales?...

ECHEV.—Está bien todo eso, pero no diga usted por esta gente... ¡por esta gentel... Parece que habla usted de una gente especial... Y estos, y los otros, y los de más allá, son todos muy parecidos.

AGUS.—Puede que tengas razón. Llama a mi madre.

ECHEV.—Pero no se queje usted... Si en el mundo no hubiera malos, se quedarían los buenos sin tener que hacer...

ACUS.—Llama a mi madre. Llámala, llámala.

ECHEV.—Quizás valga más de una vez...

(*Mutis Echevarrieta por derecha.*)

ESCENA XX

DICHOS, MENOS ECHEVARRIETA

ROM.—¿Qué decide usted?

AGUS.—Se venderá la fábrica; sobra quien la deseé; y se pagará la legítima de Anuncia.

ROM.—Quisiera decirle además...

AGUS.—¿Es algo de interés?

ROM.—Claro.

AGUS.—He preguntado mal. ¿Es algo de intereses?

ROM.—No.

AGUS.—Entonces, si a usted le parece, hemos terminado ya la conversación.

ROM.—(*Friamente.*)—Como usted guste... Beso a usted la mano.

(*Mutis por izquierda.*)

AGUS.—Beso a usted la suya.

ESCENA XXI

AGUSTÍN Y el PADRE EUSEBIO

P. EUS.—(*Después de una pausa.*)—Todo se arreglará... Ten fe...

AGUS.—(*Lo mira fijamente y después.*)—Sí...

P. EUS.—Tú hiciste bien al amparar a los tuyos...

AGUS.—Sí. Dar la mano al que se ahoga; sí. Pero dejar que nos eche los brazos al cuello para ahogarnos los dos, no. ¡Eso no!

ESCENA XXII

DICHOS. DOÑA ANUNCIACIÓN, SACRAMENTO Y ECHEVARRIETA
por derecha.

ANUN.—¿Llamas, hijo?

AGUS.—Madre, los asuntos van mal.

ANUN.—¡Era lo que me faltaba por ver en este mundo!

AGUS.—Pues abre los ojos, madre, abre los ojos; que más tienes que ver aún.

P. EUS.—Dios ha querido probarlo...

ECHEV.—(Al Padre Eusebio.)—¿Probarlo...? Pues por poco se lo come todo.

AGUS.—Madre, Anuncia vende; quiere su legítima.

ANUN.—¡No; te engañaron!

AGUS.—Clemente vende: no quiere ir a la cárcel.

ANUN.—¡No! ¡Pobrecito! Ya te explicaré...

AGUS.—Sacramento se casa y marcha con su marido.

ANUN.—¡No!

AGUS.—Pregúntaselo a ella.

ANUN.—¿Verdad que no es verdad, Sacra? ¡Sacrita!

(Sacramento baja los ojos.)

AGUS.—Es verdad. Tú dirás lo que quieres hacer tú.

ANUN.—¿Yo?

AGUS.—Ellos, los que vine a defender; ellos, los débiles, me dan la lección del fuerte, del que sigue su camino sin importarle que haya o no

haya otros caminos a su lado. ¿Qué resuelves tú?

ANUN.—¿Yo? No sé... ni supe nunca que hubiera nada que resolver. ¡No sé, Agustín... lo que tú me mandes...!—(Se echa en sus brazos desconcertada y asombrada.)

SAC.—(Aparte a Echevarrieta.)—¿Pero qué ha pasado?

ECHEV.—Con ellos, que son unos egoistas; ya lo ha oído usted... Y con usted, que don Agustín la quería y usted quiere a otro. No es mucho para usted, pero es bastante para don Agustín.

SAC.—(Yendo a Agustín, lo coge de una mano.)—¡Agustín, Agustín! ¿Por qué no hablaste?

AGUS.—(Separándola dulcemente.)—¡Sacra, Sacra! ¿Por qué hablaste tú...?

ANUN.—¿Qué me mandas...?

AGUS.—Yo me marché también a Madrid. Venderé mi parte de la fábrica, ya que me obligan...

ECHEV.—¡Cál!

AGUS.—Sí...

ECHEV.—No. Y usted, ¿por qué ha de vender? Ya saldremos adelante, que peor estábamos y salimos. ¿Que se queda usted solo? Mejor. Más negocio para usted. Y si hace falta dinero, ya sabe usted que andan ofreciéndolo.

AGUS.—(*Sin fuerzas ya.*)—No, no... Han sido muy crueles...

ECHEV.—¿Y dónde cree usted que no hay de esos bichos? ¿Usted no dice que va a seguir su camino? ¿Pues qué más camino tiene usted que la fábrica?

AGUS.—Mi carrera.

ECHEV.—Déjese usted ahora de carreras, que bastantes nos dan... ¿Va usted a pasarse los años brincando de oficios? Porque lo quieren, dejó usted la cátedra; porque no lo quieren, deja usted la fábrica... ¿Pero usted se ha figurado que la vida es un trampolín, hombre? Estese usted quieto en un sitio y no sea usted burro, hombre.

P. EUS.—¡Echevarrieta!

ECHEV.—¿Qué he dicho?

P. EUS.—Burro...

ECHEV.—¿Y por esa pequeñez me corta usted el hilo?

AGUS.—¡Es que ellos me injurian...!

ECHEV.—¿Y qué? Si alaban, bueno; si ladran, que ladren, y si muerden, deles usted una patada; pero siga usted siempre adelante.

AGUS.—¿Para recoger ingratitudes?

P. EUS.—¿Qué labrador no ha tenido en su

campo una mala cosecha? Y por eso no deja el campo...

AGUS.—No, no... (*Sentándose desanimado.*)

ECHEV.—Estábamos frescos si todos nos dejásemos llevar de una impresión de mal humor para resolver los negocios. ¡Arriba, arribal Usted—(*A doña Anunciación*)—de un brazo, yo de otro y arriba con él.

AGUS.—(*Que se levantó abrazándolo.*)—Gracias...

ECHEV.—(*Rechazándolo bruscamente.*)—¡Quite usted de ahí, hombre! Hasta que le cantemos el gloria y el aleluya a doña Fábrica, ni pensar en mí para un abrazo.

AGUS.—(*Que reía.*)—¡Pues cantémoslo, Echevarrieta! Ha sido una flaqueza iudigna el desertar de mi puesto.

ECHEV.—(*Dejándose.*)—Abráceme lo que quiera...

AGUS.—Tenéis razón vosotros. Por mi camino voy, y de él no deben separarme odios ni amores.

ECHEV.—¡Usted tiene talento, pero cuando me escucha a mí tiene usted sentido común, que es mejor!

SAC.—No me casaba por amor, sino por ver-

me sin amor...—(*Agustín la mira fijamente.*)

ANUN.—Pero, ¿qué es lo que pasa, hijo, que yo no me entero bien...?

AGUS.—(*Abrazándola.*)—Nada, madre, nada.

ANUN.—¿Y eso no lo pueden arreglar?

AGUS.—Arreglado está ya.

P. EUS.—Y tú sin acordarte siquiera de su nombre, estás cumpliendo la voluntad de tu padre...

AGUS.—(*Imponiéndole silencio.*)—¡Chis...! ¡El padre ha muerto: el hijo tiene que vivir! ¡A vivir, Echevarrieta!

ANUN.—¿Continúas con nosotros, hijo...?

AGUS.—Sí, madre.

ECHEV.—Claro que se queda firme en su puesto. ¡Qué más quisieran los granujas sino que se echaran para atrás los honrados! Y mire usted, don Agustín, aunque un hombre de bien, siguiendo en su sitio, no hiciera más que privar del sitio ese a los malvados y a los envidiosos, ya estaba haciendo un gran bien en este mundo. Esa es la mía.

AGUS.—Pues si es la tuya, con esas palabras o con otras, esa es la de todos los hombres de buena fe y de buena voluntad. Adelante, Echevarrieta.

ECHEV.—¡Adelante, don Agustín! De frente se ve siempre mucho camino...

ANUN.—(*Tímidamente.*)—Entonces... ¿queréis almorzar ya...?

ECHEV.—También está usted en lo firme, doña Anunciación.

AGUS.—Quédese, padre Eusebio. ¿Vienes, Sacra...?

(*Sacramento va a Agustín y con las dos manos se coge de su brazo como colgándose, como amparándose de aquel brazo fuerte y leal. Agustín abraza a la madre y se va llevando a las dos. Echevarrieta y Padre Eusebio los siguen.*)

P. EUS.—Agustín ya marcha firme, y en lo suyo, con Sacra, me parece que he de intervenir muy pronto.

ECHEV.—¿Muy pronto...?

P. EUS.—Muy pronto.

ECHEV.—No disputo. En eso de faldas sabe usted más que yo.

P. EUS.—(*Riñéndole afectuoso.*)—¡Echevarrieta!

ECHEV.—(*Besándole la mano.*)—¡Padre Eubiol!

(*Se abrazan riendo y contentos.*)

TELON

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES ACTOS

- Aire de fuera*, estrenada en el teatro Español.
María Victoria, estrenada en el teatro Español.
La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.
La Divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia.
Añoranzas, estrenada en el teatro Español.
El Caballero lobo, estrenada en el teatro Español.
La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.
La raza, estrenada en el teatro de la Princesa.
Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.
Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa.
El Cardenal, (en colaboración con don Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.
La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.
La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.
Toninadas, estrenada en el teatro Español.
Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.